

**REVISTA "UNIVERSUM"**

**Universidad de Talca**

**EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL Y AMÉRICA LATINA**

**Roberto Moreno (\*)**

Rafael Moreno dictó con ocasión de la inauguración del presente año académico de la Universidad de Talca una clase magistral con el tema "El nuevo orden internacional y América latina". En ella destacó la percepción que se tiene desde la Segunda Guerra mundial, de que los parámetros están siendo alterados, llevándonos a un nuevo orden internacional. El autor demuestra que los efectos de la Guerra Fría, la descolonización africana y asiática, el nuevo reagrupamiento europeo, la reconstrucción económica de Japón y otros fueron observados a la distancia por América latina, aunque sufrió las influencias de la confrontación de las potencias. Los elementos que considera para explicar los signos del cambio, tienen relación con el surgimiento de regímenes políticos democráticos, como una cada vez mayor integración de la economía mundial, tendiente hacia empresas de carácter supranacional.

Otro elemento analizado, es la agrupación económica de diversas partes del planeta: Estados Unidos y Canadá, la Comunidad Económica Europea, y la influencia del Japón y su esfuerzo de agrupación con los países del Sudeste Asiático (ASEAN).

La inserción de América latina en este panorama está en su intento de agruparse, destacándose los países centroamericanos en el Plan de Recuperación Económica (PEC) y la creación del Plan de Acción Económico en Centro América (PAECA). En el Caribe inglés destaca la denominada CARICOM, que avanza hacia la creación de un Mercado Común del Caribe. En América del Sur el MERCOSUR. En el área andina se busca dar empuje a las ideas integracionistas, etc. México y Chile han escapado a este panorama. El primero por su tradicional vinculación con EE.UU. y los países centroamericanos de habla hispana, y Chile que al marginarse del Pacto Andino, busca acuerdos bilaterales con EE.UU., México y más recientemente con Venezuela, aunque manteniendo cierta prudencia en su eventual relación con organismos como el MERCOSUR.

La característica común de estos países, es el abandono del protagonismo estatal, dando paso a una mayor participación de los mercados, apertura al comercio internacional, adopción de avances tecnológicos, atracción de inversión privada interna y externa y la adecuación y desarrollo del sector financiero: privatizando las empresas públicas, reorganizando el sector público, en aras de lograr una inserción dinámica en la economía mundial.

El autor señala los problemas que enfrenta la región: pobreza delincuencia, continuo crecimiento poblacional, mal manejo de los recursos naturales, que en su opinión, "ya no es más un problema planteado por un grupo aislado de personas", sino que "hoy es una política que comienza a regular las relaciones internacionales".

Concluyó el Sr. Moreno, con algunas proposiciones de los caminos a correr en el futuro, basándose en un análisis histórico de la contribución al Nuevo orden Internacional.

**(\*) Subdirector Regional de la FAO para América latina y el Caribe**

Creo que todos, cual más cual menos, tenemos la sensación de que algo distinto se está gestando a nivel mundial. Los parámetros que ordenaban las relaciones entre los Estados, que en la última mitad de este siglo estaban claramente influenciadas por el resultado de la Segunda Guerra Mundial y el surgimiento, a partir de ella, de una relación marcadamente bipolar, están siendo profundamente alterados por acontecimientos recientes. Estos cambios, algunos de los cuales están en plena evolución y de los que se pueden originar situaciones nuevamente imprevistas, hacen pensar que un Nuevo Orden Internacional comienza a establecerse y que los mecanismos y sistemas que han regulado hasta ahora las relaciones internacionales sufrirán, por decir lo menos, profundas alteraciones.

La situación es fluida en términos globales y para algunos presenta síntomas claros de incertidumbre y riesgos no previstos en el pasado.

### **El viejo orden y sus relaciones**

La Guerra Fría había definido áreas de influencia y estilos de desarrollo, los que en las distintas regiones del mundo habían creado diversas situaciones. La descolonización africana y de parte importante del Asia, la emergencia gradual de un nuevo concepto europeo, la reconstrucción económica del Japón, la aparición en escena de los no alineados o tercer mundistas, son algunos de estos efectos.

América latina había observado lejanamente algunos de estos fenómenos, siendo no obstante un campo fértil en el que las disputas ideológicas y políticas de la confrontación de las grandes potencias tenían claras repercusiones.

La lucha contra dictaduras centroamericanas y de algunos países de América del Sur y del Caribe marcaba las décadas de los años 50 a 70. El triunfo de la Revolución Cubana y la fascinación que ella ejerció en ciertos grupos políticos y juveniles se hacía sentir en toda la región, la cual buscaba afanosamente salir de su atraso y subdesarrollo e insertarse en un contexto mundial que le permitiese mejorar sus niveles de vida y optar a un desarrollo estable similar al que se observaba en los países industrializados.

Eran los tiempos en que la planificación de las economías y un manejo amplio de los instrumentos del Estado se presentaban como una posibilidad atractiva para resolver los problemas centrales de los países de la región. La inversión estatal era elogiada como motor de este nuevo desarrollo, se creaban los complejos siderúrgicos, los entes hidroeléctricos, las grandes obras de riego e infraestructura. Aun más, el sector privado fomentaba esta estrategia y se organizaba para actuar dentro de ella en toda la región.

La intervención masiva inicial realizada a través del Plan Marshall para reconstruir las economías europeas, probablemente influenciaba este pensamiento. A su vez, la vitalidad que irradiaba ideológica y económicamente de la Unión Soviética y su capacidad para avanzar en el control de la tecnología espacial y bélica, enviaba señales de esperanza a quienes se identificaban con su esquema político.

### **Los signos del cambio**

Hoy en día está claro que nuevos aires se respiran mundialmente. Veamos cuáles son los principales elementos que se evidencian y tratemos de entender cómo América latina se ajusta a ellos.

El primer elemento que se observa es el surgimiento de regímenes políticos democráticos en vastas regiones del mundo. Caen muchas dictaduras que parecían o se imaginaban eternas, se derrumba el muro de Berlín, con sus consecuencias aún por materializarse. Esto no es una casualidad o coincidencia feliz. Se trata de una demanda social profunda; los pueblos ya no toleran ver aplastada, o bien postergada, su voluntad y su libertad, lo cual indica que la democracia será un requisito indispensable para alcanzar el desarrollo y el bienestar en el marco del Nuevo Orden Internacional.

Aire fresco de libertad sopla en todas las latitudes, y quienes no lo aceptan o incorporan en sus propios países se van viendo aislados y comprometidos en situaciones ya no sólo de orden político, sino que con graves implicaciones en sus economías. América latina ve, por primera vez desde la conquista y su independencia, que la casi totalidad de los países que componen la región están dejando atrás los regímenes autoritarios, creándose con ello un ambiente nuevo y desconocido, donde por décadas campearon dictadores que proyectaban mundialmente una imagen adversa y negativa para la región.

En segundo lugar, se advierte una mayor integración e interdependencia de la economía mundial a través de los mercados, constituyéndose un espacio donde interactúan los diversos agentes económicos que crecientemente se orientan a un sistema de empresas de carácter supranacional y con objetivos multiproductivos.

El nuevo tiempo está indicando que los roles están cambiando, el sector privado asume tareas que antes estuvieron reservadas al sector público, la dimensión misma del Estado y de los organismos de gobierno y control son redimensionadas, observándose hoy

en día una tendencia a reducir los empleos públicos, dismantelar organizaciones estatales, privatizar infraestructura pública: en una palabra, promover la iniciativa privada para articular sobre ella el crecimiento económico. Nuevamente este fenómeno es de carácter mundial; ocurre en el Este europeo, en el Asia y en América latina.

El tercer elemento es la tendencia a constituir grandes agrupaciones económicas en diversas zonas del mundo, para privilegiar el desarrollo de sus propias economías y defender el tenor de vida que han ido alcanzando algunos, o acercarse a él, de parte de otros. En este plano, vemos con cada vez mayor nitidez la constitución por el momento de tres grandes polos o agrupaciones:

- Los Estados Unidos y Canadá, con sus posibles aperturas hacia algunos países de América latina y el Caribe.

- La Comunidad Económica Europea, originalmente diseñada como un sistema de integración económica, avanza hacia una unificación monetaria, comercial y política de 12 naciones europeas occidentales, a concretarse en algunos de sus pasos el 1º de enero de 1993. Hoy día, el desmembramiento del esquema político y económico de los países del centro y del Este europeo, los acontecimientos en la Unión Soviética, la unificación Alemana, más los acercamientos de Hungría, Checoslovaquia y Polonia a Europa Occidental pueden significar la reestructuración del proyecto original de unidad e integración europea, constituyéndose probablemente en un proyecto geopolítico de magnitud tal, que permitiese a los europeos ocupar o recuperar espacios económicos y políticos perdidos en la Segunda Guerra Mundial. Aparece, sin embargo, como gran duda el rol negativo que en este campo puede ejercer la explosión de los nacionalismos que hoy comienzan a hacerse patentes en diversas naciones europeas.

- En otra región del mundo, la influencia de Japón es hoy incuestionada y su esfuerzo inicial de agruparse con países del Sudeste Asiático en la llamada ASEAN no es obstáculo para que el dinamismo de la economía nipona lo lleve hoy a ser el país que dispone de la mayor cantidad de excedentes monetarios y que su penetración y expansión en todos los mercados mundiales sea un hecho cotidiano.

Ante estas agrupaciones mayores, o Mega Mercados, se debaten hoy día el resto de los países del mundo; entre ellos, uno que se encuentra en pleno proceso de evolución y de cuya estabilidad depende incluso la paz mundial; me refiero a la Unión Soviética. Por la vastedad de su territorio, su población, el rol jugado en los últimos años en la política mundial, su poderío atómico y su orgullo nacional, nadie podría desconocer o mirar en forma simple lo que allí ocurre y las repercusiones que ello tendrá en el nuevo ordenamiento internacional.

Junto a ella se encuentran naciones como China, de enorme dimensión territorial y cuya población plantea un mercado potencial al cual varios de los países industrializados miran con grandes expectativas de intercambio económico.

El resto del mundo se desagrega en estructuras regionales. Siguiendo sus propias evoluciones y condicionadas por el cuadro anteriormente descrito, algunas pugnan por sobrevivir mientras otras se debaten en la búsqueda de fórmulas que les permitan avanzar en un mundo en el que las inversiones y flujos económicos, cada vez con mayor fuerza, se orientan hacia las áreas atrayentes comercialmente, dejando atrás el otrora anunciado espíritu de solidaridad internacional.

En cuarto lugar se observa la aparición de una nueva plataforma tecnológica con base en la cibernética y la microelectrónica, que compromete modificar de raíz el sistema tradicional fundamentado en la energía de bajo costo. La proyección en términos de incremento de la productividad y rendimiento físico no tiene precedente en la historia ni en la imaginación. Si se logra instaurar un sistema político-institucional adecuado, se podría pensar con realismo en resolver males endémicos que afectan a la humanidad.

Este nuevo fenómeno plantea uno de los desafíos mayores a la inserción de América latina en el Nuevo Orden Internacional. La región debe hacer esfuerzos por reconocer y aprovechar las inmensas posibilidades y oportunidades que abre el avance tecnológico. No asumir nuevas tecnologías implica quedarse rezagado no sólo en el desarrollo industrial, sino también el deterioro progresivo de la forma tradicional de inserción en el comercio mundial, a través de las materias primas. Prueba de lo anterior es la competencia del cobre con la fibra óptica, la agricultura tradicional con la biotecnología, etc. Además, está el expediente de que la tecnología ha significado un decrecimiento sistemático y progresivo del uso de materias primas, para un mismo volumen industrial.

### **Inserción de América latina en este programa**

América latina se mira a sí misma y observa este panorama cuando aún se encuentra sumida en una de sus peores crisis económicas, la que paradójicamente se desarrolla en forma simultánea con la implantación en el continente de sistemas democráticos. Sin abandonar la retórica con la que algunos proclaman el sueño de integración bolivariana, lo que se observa en la región es el intento de agruparse, buscando con ello mejorar las difíciles posibilidades individuales de países pequeños o en serias dificultades.

En estas agrupaciones destacan el renovado esfuerzo de los países centroamericanos, los que en sus recientes reuniones de Antigua y Puntarenas, en Costa Rica, están dando pasos para integrar áreas de sus economías y movilizan sus esfuerzos para apoyar su Plan de Recuperación Económica (PEC) y dar mayor contenido substantivo al Plan de Acción Económico en Centro América (PAECA), en el que figura en forma importante la creación del Mercado Común Centroamericano. En los países del Caribe

inglés (hoy en día se trata de 13 Estados soberanos) su Comunidad, denominada el CARICOM, da pasos novedosos, como designar un Ministro de Relaciones Exteriores que en forma común se ocupe de los intereses de varios de ellos y avanza hacia la creación del Mercado Común del Caribe.

En América del Sur se constituyó en días pasados el MERCOSUR (acuerdo entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) el que, apoyándose en la que fue la voluntad de integración económica expresada hace tres años por Argentina y Brasil, busca constituir un área común de intercambio y negociación con otras zonas de la región y del mundo. Grandes esperanzas animan a los dirigentes de estos países en el mutuo beneficio que pueden lograr si integran sus economías y sus mercados.

En la denominada área andina, cada vez con mayor fuerza se escucha la idea de revisar algunos de los acuerdos originales y darle con ello un nuevo empuje a la idea integracionista entre dichos países, renovando y fortaleciendo su acuerdo original.

En este panorama, México y Chile se presentan como situaciones distintas. México trabaja en el acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos, mirando simultáneamente hacia su tradicional vinculación con los países centroamericanos y del Caribe de habla hispana. Chile, quien se ha marginado del Pacto Andino, busca acuerdos bilaterales con Estados Unidos, México y, más recientemente, con Venezuela, expresando prudencia en su eventual relación con otras agrupaciones, como MERCOSUR. Un criterio pragmático es el que orienta estos pasos.

Una de las características comunes a todos estos esfuerzos en los países de América latina y el Caribe es que el abandono del protagonismo estatal ha dado paso a la introducción de profundas reformas económicas, que buscan favorecer un mayor rol de la fuerzas del mercado, junto con la apertura al comercio internacional, la incorporación a los avances tecnológicos modernos, la atracción de inversión privada interna y externa y la adecuación y desarrollo del sector financiero.

Para apoyar esta nueva perspectiva, y con el ánimo de buscar una mayor eficiencia en la ejecución de estas políticas, se privatizan crecientemente las empresas públicas, se intenta una reorganización del sector público y se autoimponen políticas nacionales que postergan el desarrollo social de amplios sectores poblacionales en aras a lograr una inserción más dinámica en la economía mundial.

La crisis de la década del 80, que entre otras secuelas ha dejado presente un pesado endeudamiento en la totalidad de los países del área, ha obligado a sacrificios y ajustes muy profundos con miras a lograr divisas y recursos externos que sirvan para pagar el servicio de la deuda y para mantener en funcionamiento la nueva estructura económica que se comienza a crear en varios países del área. América latina, que durante 30 años ha buscado crecer hacia adentro, se encuentra hoy orientada en una dirección opuesta: abrirse tanto

cuanto sea posible hacia el exterior, penetrar con sus materias primas o semielaboradas el máximo de mercados; en una palabra, exportar todo lo que esté a su alcance.

### **Principales problemas que enfrenta la región**

Si nos preguntamos cuáles son los problemas que en esta nueva dimensión pueden surgir, debemos tratar de visualizar lo que es la base real económica y social de estos países y, a partir de ella, reforzar las tendencias actuales.

Uno de los problemas de mayor dramatismo que aqueja a la región de América latina y el Caribe es la persistencia y profundización de la pobreza como un fenómeno ya característico y endémico.

Cifras recientes de Naciones Unidas estiman que 270 millones de personas, es decir, el 62% de la población de América latina vive en situación de pobreza, de las cuales, 143 millones, es decir 33%, son consideradas pobres crónicas.

De esta manera, no obstante que los países de la región están considerados en la categoría de ingresos medios a nivel mundial, poseen una característica peculiar que distorsiona seriamente su status de clase media: presentan una distribución del ingreso extremadamente desigual, y que ninguna otra región en el mundo ostenta. Así, mientras los países crecen y en los mercados se difunden ampliamente bienes de consumo modernos, la estructura social y las instituciones permanecen inflexibles, profundizando la desigualdad y dando como resultado que un sector de la sociedad se desarrolla a costa de otro sector que permanece en la pobreza y en la marginalidad.

Asociado a este fenómeno se ha detectado un peligroso incremento de la delincuencia y la criminalidad en las mayores urbes de los países de la región. Esta tendencia comienza a comprometer la tranquilidad de la vida ciudadana común, generando una creciente sensación de inseguridad en las personas.

Lo que a nivel mundial es un axioma demostrado, que el crecimiento y el incremento de la riqueza no siempre deriva en el mejoramiento de los niveles de vida de los países en desarrollo y que, por el contrario, la brecha entre los llamados países "del Norte" y los "del Sur" se agranda cada vez más, lo que es también aplicable a niveles nacionales, trae consigo efectos desestabilizantes para sus frágiles instituciones.

El discurso de que los países en desarrollo pueden reproducir el camino trazado por los países desarrollados no tiene asidero real, ya que éstos nunca vivieron una situación de subdesarrollo parangonable a la de los países del Tercer Mundo. Más aún, mientras desde principios de siglo observamos que los países industrializados han ido progresivamente mejorando su distribución del ingreso, hasta llegar a grandes niveles de equidad, en América latina el proceso ha sido inverso, alcanzando niveles de inequidad que no tienen precedentes en la historia de los países desarrollados.

Algunos sostienen que lo que en América latina se ha perdido en materia económica, se ha ganado en libertad política. Probablemente en el corto plazo esto sea verdad, pero nos preguntamos ¿qué puede llegar a ocurrir si la pobreza continúa extendiéndose y vastos grupos de la población no encuentran una vía de esperanza en la cruda realidad en que se debaten? ¿Podrán ellos seguir esperando?

A este respecto, podría argumentarse que con la desintegración de las economías de corte marxista y el fracaso de las políticas fundadas en dicha ideología, el problema de la pobreza tendería a atenuarse. Peligrosa perspectiva. Para ilustrar nuestro pensamiento, creo que es pertinente citar a Octavio Paz, reciente Premio Nobel de Literatura, quien ha dicho: "que la respuesta comunista haya fracasado no significa que las preguntas no permanezcan, no sigan estando vivas".

Otro problema es la continuación del crecimiento poblacional en las condiciones de pobreza y desigualdad antes descritas. Estimaciones actuales indican que la población en América latina y el Caribe alcanzará, en los años próximos al cambio de siglo, la cifra de 550 millones de habitantes, población que por sí sola casi alcanzará en número a la que existirá en conjunto en Norteamérica y en los países de la Comunidad Europea. Mientras en ellos el crecimiento poblacional se ha estabilizado y comienza a ser negativo, en esta región del mundo continuaremos creciendo en número, a lo que deberemos agregar internamente los traslados masivos de población que, abandonando el medio rural, se agrupan en grandes concentraciones urbanas, con todos los inconvenientes y problemas que ello genera.

Ligado a la dinámica demográfica, cabe destacar que en no pocos países de la región se observan movimientos migratorios internos y extranacionales - muchos de ellos directamente vinculados a la situación económica que sufren diversos países en sus procesos de ajuste.

El tercer problema que emerge es el relativo al manejo de los recursos naturales en los diversos países. En varios de ellos se observan síntomas de sobreexplotación y agotamiento de recursos, reducción de la biodiversidad, incremento de la deforestación, aumento de las zonas áridas y semiáridas, situaciones que no pueden ignorarse. El cambio de esquemas productivos y el privilegiar la búsqueda de divisas en muchos de estos países ha llevado a una explotación masiva de recursos naturales, los que de no protegerse con una política de control y explotación razonable, corren el riesgo de agotarse o destruirse permanentemente.

Lo que antes podría haber sido un problema de manejo interno en cada país, hoy se ha convertido en una preocupación colectiva que está condicionando los flujos de capital o fuentes de financiamiento de países desarrollados y que tendrá inexorablemente un impacto en los mercados de dichos países. El criterio de conservación del medio ambiente ya no es



más un tema planteado por un grupo aislado de personas en dichas sociedades; hoy es una política que comienza a regular las relaciones internacionales entre los países.

Pocos años atrás habría sido ilusorio pensar que la contaminación ambiental afectaría las relaciones entre países o ciudades. Este tema es parte de la agenda en cada reunión de los Jefes de Estado de cualquier región del mundo. El tema amazónico se discute tanto en Brasil, Venezuela, Perú o Colombia, como en Bonn, Madrid o en Londres, por solo citar algunos. El uso de determinados pesticidas, plaguicidas u hormonas condicionan la globalidad de las relaciones comerciales en diversos lugares de la tierra. Nadie puede llamarse a engaño. El tema de la conservación de los recursos naturales y la necesidad de una política ambiental es hoy un elemento nuevo en la agenda de muchos gobiernos y naciones.

El cuarto problema, que se vincula a las carencias observadas en el alivio al problema de la pobreza, es el peso de la deuda externa que tan duramente grava las economías de la región. No voy a detenerme en el análisis pormenorizado de ella, ya que sus detalles han sido largamente debatidos. Lo que sí es necesario señalar es que en el manejo de la solución de este crucial elemento, la región de América latina y el Caribe es percibida desde el exterior como una zona de mayor riqueza relativa que posee abundantes recursos naturales y que, a diferencia de otras regiones más pobres del mundo, debería realizar un esfuerzo interno mayor para resolver sus problemas, sin esperar el mismo trato que se otorga a otros países más desposeídos por la naturaleza. Muestra de ello es que los recursos blandos disponibles para esta región en su conjunto son cada vez más escasos y no se vislumbra que ese cuadro experimente cambios en el futuro; probablemente al contrario, la región deberá enfrentar sus dificultades recurriendo a sus propios esfuerzos o atrayendo inversiones privadas más que depender de ayudas oficiales o de fondos significativos que provengan de agencias que operen con estrictos criterios de desarrollo o de solidaridad internacional.

Otro problema de grandes repercusiones, tanto para las economías como para la calidad de vida de los habitantes de la región, lo constituye el importante gasto que se realiza en armamentos. El comercio mundial de armas se expresa en toda su dramática magnitud al constatar que en la región de América latina y el Caribe este ítem de gasto es mucho más importante que el realizado para atender la salud de su población.

A estos temas, cada uno de ellos de por sí importantes, debemos agregar otros que, si bien no son enteramente nuevos, sus características han trascendido las fronteras nacionales y hoy también condicionan las relaciones internacionales dentro y fuera de la región de América latina y el Caribe. Ellos son la violencia, el terrorismo y el narcotráfico.

Entender la estructura social en términos de violencia significa, entre otras cosas, poder relacionar con un sentido claro las diferentes áreas que componen el conflicto.

Definitivamente en ninguno de los elementos, tanto económico, político o social, hay que buscar el elemento determinante de la violencia, pues ésta es una reacción social que se puede dar en cualquier ámbito.

En la perspectiva anterior, se advierte que la violencia se halla presente en todos los ámbitos de la vida social, expresándose tanto en lo público como en lo privado y en lo económico, como en lo social y en lo político.

La violencia puede tener fundamento en la distribución abiertamente desigual del ingreso y en las grandes masas de población que viven al margen del acceso a ciertos bienes y en condiciones de extrema pobreza, las cuales pueden ser campo fértil para la instrumentalización de quienes, utilizando su drama, buscan otros objetivos. Por otra parte, la violación sistemática de los derechos humanos que la región ha sufrido es ya conocida por todos, y sus efectos dramáticos en la sociedad dejan secuelas que no podemos ignorar.

La violencia es un fenómeno que, adaptándose a las características de cada país, no conoce fronteras. En algunas áreas de la región, la violencia ha desembocado en enfrentamientos masivos que han cobrado una gran cantidad de víctimas inocentes, provocando además en su furia destructiva el éxodo de miles de refugiados que han debido abandonar sus lugares de origen ante el temor de ser avasallados y destruidos por alguna de las partes en conflicto.

En vastas zonas de nuestra región, el fenómeno de la violencia adquiere otras características: es el terrorismo, utilizado como instrumento para intentar imponer sistemas de vida y de gobierno que la población de dicho país o región no acepta voluntariamente.

Originalmente basados en esquemas ideológicos, los terroristas han terminado por abandonarlos y, sumergidos en su propia lógica y abstrayéndose de la realidad objetiva que los rodea, dejan en su intento por imponerse un reguero de dolor y sufrimiento para terminar ellos mismos por perecer en su propia lógica de muerte.

Nadie ha escapado a este fenómeno. Hoy se encuentra presente en varios países de la región latinoamericana y sus consecuencias se aprecian nítidamente. Es nuevamente un problema que sólo puede ser enfrentado eficientemente si una vasta y profunda conciencia colectiva se desarrolla, tanto a nivel nacional como internacional. Si existe debilidad, pseudo comprensión o simpatía con el terrorismo en grupos de un país determinado, será difícil erradicar el mal de esa comunidad. La solidaridad internacional debe claramente hacerse presente en este terreno para así hacer posible enfrentar este desafío.

En el marco de esta situación de violencia y terrorismo, se inscribe el problema del narcotráfico. El procesamiento y comercio de sustancias clasificadas como drogas ilícitas están hoy elevados a categoría de delito internacional mayor. Lo que antes era un problema interno de cada país, hoy condiciona ayudas, créditos y relaciones comerciales. Nadie

puede negar que el narcotráfico, en su letal búsqueda de utilidades y beneficios para quienes lo controlan, no se detiene ante leyes, decretos, normas éticas o morales que lo condicionen. Penetra sociedades, corrompe instituciones, personas y llegado el momento de sentirse acosado, declara la guerra abierta al Estado y a sus instituciones.

Esta plaga que hoy golpea de distinta manera a países ricos y países más pobres, es la distinta cara de una misma sucia moneda; por un lado el consumo, y la demanda de quienes, habiendo alcanzado un bienestar material en su propia sociedad, despojados de sueños o utopías, buscan en las drogas o en sus derivados los estímulos para mirar sus vidas con sensaciones artificiales. Por otra parte, esta demanda, que en algunas partes es incluso tolerada por los gobiernos en sus etapas iniciales, provoca una cadena de estímulos e impulsos que, trasladados al llamado campo del productor genera una producción que es calificada como delictiva. Aquí las leyes del mercado no pueden operar. El narcotráfico, en varios países de América latina se enquistó precisamente en las áreas de mayor pobreza y en particular en el medio rural. Se presenta ante los campesinos y pequeños propietarios como una fuente de ingresos rápida y espectacular que puede cambiar su vida en forma definitiva. ¿Qué defensa puede tener un campesino crónicamente empobrecido que en su hectárea de tierra a duras penas obtiene US\$ 600 de ingreso por año, ante los US\$ 11.000 que le ofrecen por cultivar esa misma hectárea con coca?

Hoy presenciamos una batalla dramática que se libra en algunas partes de la región, en donde con gran coraje, honestos jueces, políticos, alcaldes, ministros y gente común pagan con el precio de sus vidas por el intento de oponerse a esta práctica ilícita. Nadie puede sentirse ajeno a este peligro o fenómeno y se deberá actuar en conjunto para conjurar esta amenaza que se extiende en la región.

### **Antecedentes históricos de la contribución de América latina al orden internacional**

Hemos tratado de esbozar algunas de las características y problemas que se encuentran presentes en el actual cuadro internacional de América latina. Pero antes de adelantar hipótesis sobre algunas proposiciones de caminos que, en mi opinión, la región debiera recorrer en los años venideros, creo que es necesario detenernos algunos momentos en los antecedentes históricos de su contribución al orden internacional.

Los países de la región fueron colonizados por europeos, quienes, primero directamente y luego en forma indirecta, fueron plasmando la nueva institucionalidad y el pensamiento de este continente. Los códigos, leyes, usos e incluso costumbres, eran fuertemente influenciados por el pensamiento europeo. Los sistemas educacionales, de investigación, la tecnología, sus instituciones militares, eran organizados según la matriz europea. Esto perduró hasta el término de la Segunda Guerra Mundial, de la cual Estados Unidos y la Unión Soviética emergieron como los dos más grandes vencedores, dando origen al período del bipolarismo. A partir de ese momento, se aprecia con mayor nitidez

un cambio en las líneas de influencia que penetran la región. No es que ellas no estuvieran presentes en el pasado, y muy en particular en Centroamérica, pero su percepción en el resto de América latina era más lejana.

A partir de los años 50, comenzaron a crearse las grandes agencias de financiamiento internacional y se da inicio a las misiones que, organizadas en los Estados Unidos, trasladaron muchas de sus ideas y percepciones hacia la América situada al sur del Río Bravo. En esos años se intensifica el comercio, el intercambio académico y los contactos con las instituciones armadas. En una palabra, la región es visitada por modelos e iniciativas que influirán en su desarrollo.

Los Estados Unidos perciben, en los inicios de los años 60, que los problemas de la región ya no pueden ser enfrentados con misiones diplomáticas o militares. El desafío de la revolución cubana era demasiado profundo para ignorarlo. Respondiendo a esa realidad, se anunció la Alianza para el progreso, iniciativa destinada a apoyar a los gobiernos latinoamericanos para que, por vía pacífica, realizaran o intentaran concretar cambios o reformas estructurales, entre las que destacaron claramente la Reforma Agraria, la Reforma Monetaria y la Educacional. Se creó también el Banco Interamericano de Desarrollo, instrumento para respaldar las inversiones y proyectos que sean necesarios para estimular el cambio y desarrollo interno de los países de la región

Es importante, asimismo, recordar lo que a nivel mundial estaba sucediendo en esos años, especialmente en el debate internacional que se llevaba a cabo en las Naciones Unidas, y en el cual le cupo una participación tan destacada a la región de América latina y el Caribe. También es relevante subrayar el hecho de que son las Naciones Unidas el foro donde se llevan a cabo estos debates ya que, en su seno, los países en vías de desarrollo, cuyo número aumentó notablemente a causa del significativo proceso de descolonización que marca aquellos años, encontraron un lugar propicio para expresar con independencia y capacidad política de concertación sus propios puntos de vista. En la primera mitad de la década de los 60, el Tercer Mundo comenzó a adquirir plena conciencia del rápido ensanche económico y tecnológico que separaba a los países del Norte de los del Sur. Una asamblea especial de las Naciones Unidas, solicitada por los países en vías de desarrollo, convocó a la primera reunión de la UNCTAD, en Ginebra en 1964, donde ésta adquirió título y secretariado permanentes. Es el momento del nacimiento del Grupo de los 77.

Es un destacado latinoamericano, quien había participado en la creación de la CEPAL, Raúl Prebisch, el que asume la responsabilidad de organizar la UNCTAD; y los países de la región participan con entusiasmo en dichos esfuerzos. Un papel protagónico en todos estos debates le correspondió jugar a un connotado compatriota nuestro, Hernán Santa Cruz, quien lideraba las delegaciones chilenas en estos debates internacionales.

Con el propósito de avanzar en lo que es la discusión real de los intereses de los países - la apertura de los mercados internacionales y los precios justos para las materias primas - se buscó crear un sistema generalizado de preferencias. Ese fue el objetivo de la UNCTAD II, que se realizó en Nueva Delhi en 1968. En preparación a ella, el Grupo de los 77 se reunió en 1967 en Argel para presentar una posición común.

La creciente presión de los países del Tercer Mundo en el ámbito internacional se vio reforzada por el avance de la independencia africana, de la cual surgieron numerosas nuevas naciones que, a su vez, se fueron incorporando a las Naciones Unidas y al ya expandido Grupo de los 77.

En 1970 la Asamblea General de las Naciones Unidas, en el vigesimoquinto aniversario de su fundación, solemnemente aprobó la Segunda Estrategia para el Desarrollo, aceptando prácticamente todas las reivindicaciones presentadas por los países del Tercer Mundo. Es en ese ambiente que se celebra la UNCTAD III en Santiago de Chile en 1972, la que no obstante aprobar por larga mayoría una ambiciosa declaración y un Programa de Acción, no recibe apoyo de los países industrializados.

Paralelamente a estos hechos, la OPEP, que había venido organizándose y fortaleciéndose en su accionar, en 1973 dobló primero el precio del petróleo para después triplicarlo, desatando con ello la "crisis de la energía", la que creó graves problemas a los países no productores de petróleo. Esta crisis se desarrolló en el tiempo en que los países no alineados están pidiendo se convoque una asamblea extraordinaria de las Naciones Unidas para estudiar la creación de un nuevo orden económico internacional, lo que fue aceptado. Dichas reuniones se realizaron en 1974 y 1975, y en ellas los países concordaron trabajar seriamente para crear dicho nuevo orden. Sin embargo, la opinión de unos pocos países desarrollados hace que estas resoluciones permanezcan como letra muerta. Esto quedó claramente evidenciado cuando al votarse en la asamblea general la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, ésta fue aprobada en 1974 por 120 votos contra 6, correspondiendo estos últimos a países ricos del planeta. La Carta nunca logró transformarse en un marco jurídico operativo y vigente para todos los países.

La actitud negativa asumida por los países industrializados se evidenció una vez más en las reuniones de la UNCTAD IV, realizada en Nairobi en 1976, y la UNCTAD V, celebrada en Manila en 1979. En la UNCTAD IV los países en desarrollo obtuvieron la creación del FONDO COMÚN para estabilizar los mercados de productos básicos, el cual, como sabemos, hasta el día de hoy no ha logrado entrar en funcionamiento.

El colapso del diálogo Norte-Sur se avecinaba en ese entonces a pasos agigantados. Entre 1975 y 1977 se desarrolló en París la Conferencia de Cooperación Económica Internacional, cuyos resultados fueron prácticamente nulos, dejando demostrado que la convocatoria había sido sólo un intento fallido de negociar una rebaja de los precios del

petróleo a cambio de algunas concesiones que no eran ni precisas ni significativas. La Comisión Brandt, que se constituyó en esos años y en la que participaron algunos destacados latinoamericanos como el Presidente Eduardo Frei, acogió en gran medida los planteamientos de los países del Tercer Mundo, y si bien sus trabajos tuvieron resonancia entre muchos gobernantes europeos, no lograron cambiar la actitud de los países desarrollados.

He hecho este largo recuento sobre el debate internacional de los años 70 para mostrar los grandes e innumerables esfuerzos realizados por los países del Tercer Mundo por modificar las relaciones internacionales a fin de reducirla brecha que divide al mundo entre países del Norte y del Sur, como elemento fundamental para asegurar un desarrollo más estable y equilibrado a nivel mundial.

Más allá de las causas a las que el fracaso de las negociaciones por el establecimiento de un nuevo orden económico internacional pueda ser atribuido, lo concreto es que este concepto ha, prácticamente, desaparecido del debate mundial, y el Pacto Internacional que se ilusionó tras ese nuevo esquema de relaciones no ha logrado materializarse, dejando tras de sí una huella de frustración y desilusión.

### **Elementos para una propuesta**

Con todos estos antecedentes a la vista, creo que es posible intentar ahora algunas conclusiones y propuestas respecto al futuro de América latina en el nuevo orden internacional. Creo, en primer lugar, que cualquier visión de futuro no puede dejar de tener como punto de partida una mirada retrospectiva hacia el pasado. Para nosotros, no puede pasar inadvertida toda la riqueza policultural y multirracial que caracteriza a nuestro continente. En él están presentes la tradición indígena con sus mitos y leyendas y la conquista por parte de los europeos, con todo su bagaje cultural y político.

Nuestra región se ha caracterizado desde antiguo por una aparente contradicción entre lo que, por una parte, está constituido por el estancamiento y la injusticia de la época colonial, el desarrollo desigual y no equitativo de la época independiente, y las sucesivas rupturas que han marcado su vida institucional y política, con lo que, por otra parte, constituye la inmensa riqueza de la continuidad cultural latinoamericana, marcada por la calidad ancestral que ha caracterizado a su literatura, a su arquitectura, a sus expresiones musicales, a sus afanados esfuerzos por dejar memoria histórica de todo lo que la une.

La falta aparente de identidad que afecta a la región de América latina radica fundamentalmente en que la búsqueda de una identidad propia no ha sido hecha a partir de sus propios pueblos, que son los sujetos de su historia, sino que normalmente se ha preferido privilegiar un análisis más rígido de sus instituciones, sin reconocer que se trata de pueblos en proceso, cada uno de ellos con diferentes, pero en el fondo similares, relaciones entre lo ancestral indígena y lo europeo adquirido.

En esta tierra en que se mezclan tan extraordinariamente la utopía excesiva con un desmedido fatalismo, lo indio con lo negro, lo criollo y lo mestizo, no tenemos por qué llegar a la conclusión de que la presente crisis que nos afecta debe estar necesariamente casada con una sola solución, por cuanto somos dueños de una infinita variedad de tradiciones de donde escoger elementos para elaborar estrategias de desarrollo más en armonía con nuestro ser.

Es efectivo que existe entre los países que componen esta región una gran heterogeneidad en los problemas que los aquejan. Pero más allá de esa diversidad se debe entender que la vecindad que los une, las raíces comunes, los sistemas políticos democráticos que hoy existen en los países del área, superan en la primera aproximación las dificultades y obstáculos que algunos pueden señalar como limitantes para un accionar común.

Si países que se han combatido brutalmente no hace más de 50 años atrás, en lo que era una secuencia histórica de confrontaciones, avanzan decididamente hacia una integración monetaria y política sin precedentes como es la unidad europea, cabe preguntarse ¿por qué no recoger la lección de esta experiencia?

Creo que la perspectiva de aislamiento y la búsqueda de soluciones individuales a los problemas no ofrece en el mediano y largo plazo una alternativa atrayente. Basta recordar la situación de España, país que, apenas recuperó su sistema democrático, luchó incansablemente para incorporarse, aunque fuese con 20 años de atraso, a la Comunidad Europea y, sobre todo, al proceso integracionista del viejo continente.

En dicho esfuerzo de unificación, dos grandes objetivos son los que han inspirado a Europa: conseguir un espacio común integrado y, segundo, buscar una política exterior coordinada, para lo que se fijaron 1992 como un plazo de referencia.

Es cierto que América latina y el Caribe, afectados por otro tipo de problemas, no podían de inmediato recorrer en el corto plazo el mismo camino. ¿Pero quién puede negar que el esfuerzo de buscar nuevas formas de integración no pasa también por la búsqueda de un espacio común y de una política exterior coordinada?

En esta región, aún no existe un "espacio común". No hemos llegado al punto de permitir la libre circulación de las mercaderías, de los capitales o de los servicios, y si recorremos los esfuerzos integradores descritos anteriormente, es claro que existen diferentes visiones de lo que es un "espacio común integrado" sobre todo cuando se aprecian las diferencias entre diversos países, y regiones dentro de algunos de ellos.

Actualmente se trata de avanzar en el establecimiento de zonas de libre comercio con homologación de aranceles y criterios conjuntos de manejo ante ciertos problemas comerciales y de inversión. En la mente de quienes dirigen los países a actuar en áreas

productivas y comerciales existe aún un largo trecho entre la aceptación de una primera apertura regional y lo que debería en el futuro ser un cuadro de relaciones, en las que el interés nacional no sea percibido como contrario al interés de un grupo integrado. Es evidente que la práctica diaria lleva a defender a cada país sus espacios arduamente ganados y aleja la percepción de un interés común entre varios países.

A este respecto, especial atención merece la necesidad de promover un acercamiento mayor con los países del Caribe de habla inglesa, agrupados en el CARICOM, los que muchas veces se han sentido más inclinados a relacionarse con países fuera de la región de América latina. No me asiste duda que la incorporación efectiva de dichos países a una política hemisférica común, sólo puede rendir en el largo plazo frutos para todos los que se integren a ella.

Otro aspecto que es indispensable considerar es el volumen actual y potencial del mercado interno de la región. En estos años de crisis y de reajustes estructurales, los países de América latina han mirado con gran expectativa la posibilidad de exportar el máximo de productos nacionales. Es una preocupación común el diversificar y ampliar las exportaciones, y no hay duda que ello también es parte de la estrategia futura. El mercado interno, potencialmente importante en todos los países, no ha sido percibido como un destino atrayente para las nuevas posibilidades de inversión debido a los problemas de pobreza, cesantía y falta de poder adquisitivo. Este es un aspecto que deberá ser estudiado con atención y profundidad. Una población de cerca de 500 millones de habitantes es un mercado en sí misma, y los pasos que se den para posibilitar su acceso a ingresos que le permitan adquirir productos de consumo que se originan en la región debe ser una prioridad que no puede descuidarse.

La FAO, en un completo estudio sobre las potencialidades del desarrollo agrícola forestal y pesquero de América latina y el Caribe concluyó, entre otras observaciones, que una parte importante del desarrollo futuro de la región depende de la incorporación de la población hoy marginada de estos países. Esta perspectiva, que debe ser asumida por los agentes públicos y privados, puede provocar cambios sensibles en la negativa desprotección en que hoy se encuentran las áreas rurales de la región, lo cual favorece un debilitamiento de nuevas áreas de desarrollo y la concentración de sectores poblacionales en las grandes ciudades, con las nefastas consecuencias que ello implica.

No escapa a nuestro entender que una política nacional y regional de desarrollo de los mercados internos requerirá de profundos ajustes, ya que la diversidad existente en las infraestructuras productivas de los países es muy grande, y necesariamente deberán ser estudiadas compensaciones que permitan una relativa integración que sea fundada en la competencia sana y efectiva de quienes buscan integrarse.



Problemas existirán sin duda alguna, pero la alternativa es más dudosa que el enfrentar las dificultades. América latina no puede permanecer como una productora neta de materias primas, exportadora simple de productos no procesados; ella está obligada a mirar inevitablemente dentro de sí misma, sin que sea necesario abandonar o decrecer la capacidad de relacionarse internacionalmente que han alcanzado algunos países. Más vale hacerlo luego que más tarde, cuando alguna nueva crisis golpee las puertas de la región.

Adicionalmente a la necesidad de ampliar los mercados internos, es urgente concebir un sistema industrial que tenga como base de explotación la diversidad de recursos naturales que detenta la región. Pero no se trata de desarrollar una industria extractiva tradicional y reproducir rezagadamente las experiencias del Norte, sino de incorporar la nueva tecnología a estos recursos; es decir, montar una industria realmente de punta.

En este sentido, la absorción de capitales y tecnologías debe fundamentarse en la calificación y productividad de la mano de obra. El desarrollo no puede ni debe basarse en los salarios bajos, en la postergación del incremento de los niveles de calidad de vida de la población ni mucho menos en la perpetuación de la pobreza de vastos sectores de la sociedad latinoamericana. Se trata, en definitiva; de invertir en investigación y capacitación a fin de acrecentar la capacidad de adecuación del flujo tecnológico de los países desarrollados, a la vez que se establezcan los instrumentos y canales que posibiliten la generación de tecnologías acordes a las carencias y potencialidades de la región.

Está claro que si América latina desea colocarse como un interlocutor válido de los países desarrollados, deberá en primer lugar hacer un intento renovado de concertación política y económica de quienes la componen, a partir de la nueva situación democrática que se generaliza en el continente. En ello, la iniciativa de los Presidentes latinoamericanos, en lo que se conoció como el Compromiso de Acapulco en noviembre de 1987, y que posteriormente ha pasado a llamarse el Grupo de Río, que comprende en la actualidad once países (Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela) es un valioso punto de partida. Este, si se coordina más adelante con las iniciativas de los Presidentes centroamericanos y del Caribe, puede dar pie a la conformación de un bloque de grandes posibilidades.

Esta estrategia puede permitirle a los países del área latinoamericana discutir, con mayor serenidad, iniciativas como la del Presidente Bush, el Plan Brady, la Ronda Uruguay o la consolidación de la Comunidad Económica Europea. Es probablemente aquí donde la posición de América latina puede adquirir una nueva dimensión y buscar su inserción en el nuevo orden internacional que se está construyendo.

Los recientes acontecimientos internacionales muestran que las Naciones Unidas, como foro mundial, ha adquirido un renovado protagonismo en los asuntos internacionales,

del cual surge una valiosa oportunidad para que en el diseño de este nuevo orden las ideas de solidaridad, democracia, reconocimiento de las legítimas aspiraciones de los menos favorecidos en el mundo y el reconocimiento de los roles y espacios de cada integrante de la sociedad internacional puedan ser revalorizados.

Pensando precisamente en estos temas es que he leído en días pasados algunas ideas expuestas por un historiador inglés que ha visitado nuestro país. No he podido menos que sorprenderme con la clasificación por él realizada de los últimos 30 años, en las que denomina la década del 60 como el decenio de la ilusión, la del 70, la de la desilusión, y la del 80 la del realismo. No hay duda que los latinoamericanos no tienen esa misma percepción de lo que ocurrió en su propio ámbito. Para esta región, la década del 80 -que ha sido calificada por la CEPAL como la "década perdida" ha sido la más negativa en muchos decenios y difícilmente pudiese ser calificada como la del realismo.